



**Carmen Ruiz Incertis, 72 años.**  
**Ricardo José Domínguez Medina, 21 años.**

## El mejor error de Teófilo

Lo de los cochinos de destete acabó siendo una mera excusa. Aunque tenían el encargo, no los comprarían, ni los criarían en casa, ni los revenderían a mejor precio pasado un tiempo. Lo que pasaba es que a la Rosa, que era una de las primas de Carmen Ruiz —natural de Valdepeñas, manchego pueblo de buenos vinos y buenos pistos— le hacía tilin Guillermo, de Consolación, el pueblo de al lado. Por eso fueron ellas dos y otros tres primos, Juan Ángel, Pepe y Teófilo, el viudo, futuro novio y esposo de Carmen, pero por entonces ni siquiera pretendiente.

El hecho de que Guillermo le diera calabazas a la Rosa no impidió, sin embargo, que aquella noche se montara espontáneamente la fiesta en su propia casa, donde los cinco valdepeñeros se alojaron. Palmas, bailes y más palmas. El vino de aquella noche daba cuerda para rato: cuanto más chatos caían, los jóvenes más flamencos se ponían. Todos cantaban, pero sólo Teófilo llevaba la voz cantante. Y no pararon hasta que el sol, al que nadie había invitado, se coló por los balcones de oriente de aquella casa de campo.

Aún continuaban las risas esa misma mañana en el tren de vuelta a Valdepeñas. Con buen sabor de boca y con las canciones aún sonándoseles en los oídos, los primos comentaban entre ellos la larga noche pasada. Hablaban fuerte porque rechinaba el interior de madera del vagón y porque era alto el ruido que entraba por las ventanas sin cristales. A esas horas, el color de la piel de Carmen, como el de sus primos, empezaba ya a palidecer. Y como ese Madrid-Jaén no lo cogía mucha gente, no pasaban desapercibidos para nadie, ni siquiera para la figura morena y fornida que se fijó en ella.

## Más que primos y más que amigos

En realidad, aquella noche de primavera fue sólo una de las muchas que Teófilo se preocupaba por organizar con sus primos. Él tenía la suerte de que sus padres eran dueños de sus tierras y no pasaban apuros. Los demás, por el contrario, se iban de quintería a arrancar garbanzos o a rebuscar uvas y aceitunas, y trabajaban de sol a sol por un jornal que daba sólo para comer una vez al día, pues con los ojos ya tenían bastante para dormir, como solía decir la abuela.

Por eso Teófilo se preocupaba en dar a sus primos otro tipo de recompensa. A Carmen y a los demás. No era un gesto paternalista, sino fraternalista, porque aceptaba a cada cual tal y como era. Y eso les unió mucho, tanto que, además de ser primos, formaban ellos mismos su propio grupo de amigos.

Además, Carmen hacía ya tiempo que tenía lejos a su novio Lázaro, “el gitano”, no por serlo sino porque así le llamaban, y no de forma muy cariñosa. Trabajaba en la Renfe en el mantenimiento de las vías y le habían trasladado a Barcelona, tras dos años de noviazgo. Aún así, a Lázaro le llegaban rumores referentes a Carmen y a su primo el viudo, rumores que no le gustaban mucho y que generaban en él ciertos recelos.

## Encuentro a tres bandas



La figura morena y fornida se levantó y caminó hacia ellos. “¡Arrea!”, pensaría a buen seguro Carmen; no se imaginaba ni por asomo que Lázaro pudiera volver ese día de Barcelona y, menos aún, que fuera en ese tren. A pesar de todo, se supo acomodar en el incómodo asiento de barras de madera y recibió a su novio con toda serenidad. Lázaro reconoció al instante a Teófilo, quizá por la ropa de luto o quizá simplemente por intuición. Teófilo tardó en reconocerle, pues no lo había visto ni en fotografía y nadie se lo presentó.

Hablaron Carmen y Lázaro, de qué no importa mucho. Carmen lo hacía con naturalidad, no por suavizar la situación, sino porque nunca supo hacerlo de otra forma. Lázaro lo hacía con la cabeza más puesta en Teófilo y en lo que habrían hecho esa noche. Teófilo, como no hablaba, pudo fijarse bien en Lázaro.

Cuando llegaron a Valdepeñas, se bajaron todos juntos, y juntos fueron hasta la salida de la estación. Lázaro se despidió de Carmen y se marchó por su lado; los cuatro primos lo hicieron por el suyo. De camino a casa, Teófilo tomó suavemente la barbilla de su futura esposa y pronunció las palabras que desde entonces le honrarían para siempre: “Carmen, sigue con él que parece buen chico.”.

Pero Teófilo, por una vez, no acertó. A los pocos días, Lázaro mandó a su madre a casa de Carmen, recogió los pendientes y el juego de toallas que le había regalado estando de novios y se marchó para siempre. Teófilo, quizá para compensar una vez más la situación, le dio a finales de ese año otro presente: el futuro, primero en forma de noviazgo y luego de matrimonio, y en cada uno de ellos, la felicidad.

## Lo importante de la vida

Independientemente de las dificultades pasadas, cualquier día de felicidad compensaba todo: tanto las enfermedades como la falta de comida, el trabajo de sol a sol... Salir a visitar (es decir, ir a la iglesia) o salir a tomar un aperitivo con sus primos ya eran motivo suficiente para estar alegres.

Quizá sea difícil de comprender para los jóvenes de la generación actual, a los que no les falta de nada y a los que nada les ha costado lo que tienen. Antes, lo que uno tenía era porque él mismo se lo había ganado, y por eso se valoraba todo mucho más